DOMINGO DE RAMOS B/2006

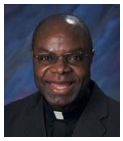
La entrada de Jesús en Jerusalén, con la presencia del canto de muchedumbre y canto en su honor es un triunfo, pero un modesto y contrastó el éxito. Lo que vino al final de aquel día apasionado y emocional era la pasión, sufriendo y la muerte. Las muchedumbres que lo elogiaban al punto de complaciente a hacerlo un rey, están entre el mismo de aquellos que gritaban: “crucifíquelo”. Vemos como la alabanza y la gente de admiración nos dan son efímeros; la gloria verdadera viene de Dios y no de seres humanos. La gloria verdadera de Jesús está en su resurrección de los muertos, porque allí el Padre lo colocará encima de cada otra criatura y lo reconocerá como Dios y el Señor del universo entero.

El camino que conduce a la gloria verdadera es el amor incondicional que da todo hasta el rindiéndose de la propia vida de alguien para los queridos, la abnegación y vacío que no se agarran al privilegio legítimo a fin de ser iguales a cada uno y guardar a cada uno en nuestro lado para la gloria de Dios, la sumisión al Padre que nos hace apreciar su paternidad de nosotros y nos ayuda a rendirse a su amor, y la obediencia a su voluntad que hace la vida según su gracia y piedad.

Cuando una vida ha sido vivida bajo la dirección de Dios por nuestros queridos, entonces el sufrimiento que viene de la autorendición y el autovacío se hace un sufrimiento de curación. En el corazón del sufrimiento de Jesús, hay una residencia de amor, un amor que perdona, restaura y recrea. La pasión de Jesús es una pasión de amor por la salvación de especie humana. Entonces tiene él no se volvió atrás sus mejillas a aquellos que arrancaron su barba; entonces tiene él no escondido su cara de bufetes y escupir. El amor solo es capaz de soportar sacrificios y sufrimientos para los queridos, porque en ello cada uno es amado no para cualquier interés, pero para cual él realmente es, es decir el niño de Dios. Cuando la Escritura sagrada dice: “el mayor amor que una persona puede tener para sus amigos debe dar su vida para ellos”.

Mis amigos, vivimos en un mundo áspero y violento donde la tortura, el abuso físico, la violencia de cada clase, asesinatos y guerra se ha hecho nuestra parte diaria y hace la primera página de nuestros periódicos. Dirigimos el riesgo de acostumbrarse a ellos al punto de ser insensible a sufrimiento, dolor y muerte de seres humanos. Escuchar a la pasión de Jesús es escuchar al grito del inocente quiénes injustamente sufren en nuestro mundo hoy. Esto es también una invitación de mover en nosotros la conciencia de solidaridad a fin de romper y parar las cadenas de violencia.

¿Queremos sufrir con el amor y sin el odio, o hacer nosotros para hacer otros sufrir injustamente de nuestras propias manos? No deberíamos olvidar que cualquier tiempo que hacemos la gente sufrir de una manera u otra prolongamos la pasión de Cristo. ¿La pasión de Cristo un interrogatorio es a cada uno de nosotros? Déjeme terminar diciendo este: Cristo que sufre nos enseña perdonar cuando él hizo en la cruz, sobre todo donde han hecho daño injustamente a nosotros. Él nos obliga para abrir nuestro corazón al regalo de perdón dando y recibiendo el perdón el uno del otro. ¡Puede usted encontrar el consuelo y la comodidad en la pasión de Jesús cuándo el amor de sus queridos le trae sacrificio y sufrimientos! ¡Que Dios los bendiga todos!



Fecha de Homilía: April 9, 2006
© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contact: www.mbala.org
Nombre: 20060409homilia.pdf